

EL MUNDO CAERÁ
LAS REINAS SE ALZARÁN



FURYBORN

1. EL ORIGEN DE LAS DOS REINAS

CROSS
BOOKS

CLAIRE LEGRAND

CLAIRE LEGRAND

FURYBORN

I. EL ORIGEN DE LAS DOS REINAS

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Furyborn*
© Claire Legrand, 2018
© de la traducción: Paula Fernández Espriu, 2018
Diseño de interior y cubierta: Sourcebooks, Inc.
Ilustración y diseño de la cubierta: David Curtis
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril de 2019
ISBN: 978-84-08-20795-5
Depósito legal: B. 4.929-2019
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

RIELLE

«Lord comandante Dardenne acudió a mí en plena noche con su hija en brazos. Ambos olían a fuego y tenían la ropa quemada. Él apenas podía hablar. Jamás lo había visto asustado. Me puso a Rielle en brazos y dijo: “Ayúdanos. Ayúdala. No dejes que me la arrebaten”.»

Testimonio del gran maestro Taliesin Belounnon,
en relación con la implicación de lady Rielle Dardenne
en la masacre de la Carrera Jubilosa,
29 de abril, año 998 de la Segunda Edad

Dos años antes

Rielle Dardenne entró apresuradamente en el despacho de Tal y puso el mensaje del gorrión encima del escritorio.

—La princesa Runa ha muerto —anunció.

Ella no se sentía demasiado excitada, pero su propio reino, Celdaria, y su vecino del noreste, Borsvall, habían vivido en tensión durante tantas décadas que la noticia apenas era

más relevante que, por ejemplo, un barco mercante de Celdaria se hundiera en la costa de Borsvall o que las patrullas llegaran a las manos cerca de la frontera.

Pero que una princesa de Borsvall fuera asesinada sí que era algo nuevo, y Rielle quería diseccionar cada detalle.

Tal suspiró, dejó la pluma a un lado y se pasó las manos manchadas de tinta por el pelo rubio y desordenado. La pulida llama dorada que llevaba en la solapa centelleó bajo la luz del sol.

—Quizá deberías considerar mostrarte menos entusiasmada por el asesinato de una princesa —sugirió Tal, mirando a Rielle con un poco de desaprobación y de diversión a la vez.

Ella se deslizó sobre la silla que había enfrente de Tal.

—No estoy contenta ni nada parecido. Solo intrigada. —Rielle volvió a coger el papelito de encima de la mesa y leyó de nuevo las palabras escritas con tinta—. Así que crees que se trata de un asesinato... Audric también.

—Prométeme que hoy no harás ninguna tontería, Rielle. Ella le sonrió con dulzura.

—¿Acaso he hecho tonterías alguna vez?

Él arqueó las cejas.

—La guardia de la ciudad está en alerta máxima. Quiero que te quedes aquí, a salvo, en el templo, por si acaso pasara algo. —Le cogió el mensaje de las manos y ojeó el contenido—. Y ¿cómo has conseguido esto? No, espera. Ya lo sé. Te lo ha dado Audric.

Rielle se puso rígida.

—Audric me mantiene informada. Es un buen amigo. ¿Qué hay de malo en eso?

Tal no contestó, pero no hacía falta.

—Si tienes algo que decirme —soltó ella mientras el color le subía a las mejillas—, dímelo y punto. Si no, empecemos la clase.

Tal la miró un poco más y, a continuación, se volvió para coger cuatro libros enormes de la estantería que había detrás.

—Toma —dijo, haciendo caso omiso de la expresión rebelde de Rielle—. He marcado algunos fragmentos para que los leas. Dedicaremos el día de hoy a estudiar en silencio. Luego te haré una prueba, así que ni se te ocurra mirártelo por encima.

Rielle entornó los ojos ante el libro que se encontraba en la parte superior del montón: *Breve Historia de la Segunda Edad. Volumen I. Secuelas de las Guerras Angelicales*.

—Esto no parece muy breve. —Hizo una mueca.

—Todo es cuestión de perspectiva —contestó él, y se centró de nuevo en los papeles de su escritorio.

En el despacho de Tal, el lugar favorito de Rielle era la butaca que había junto a la ventana que daba al patio principal del templo. Estaba repleta de cojines de color escarlata forrados con ribetes dorados. Cuando se sentaba ahí, bajo el sol con las piernas colgando, casi olvidaba que un mundo enorme separaba el templo de su ciudad natal, un mundo que ella jamás vería.

Se instaló al lado de la ventana, se quitó las botas, se remangó la pesada falda orlada con encaje y apoyó los pies descalzos en el alféizar. La luz del sol de primavera le bañaba las piernas con calidez, y pronto empezó a pensar en cómo Audric florecía en los días brillantes y soleados como aquel. Pensó en cómo su piel parecía resplandecer y crepitar, rogándole que la tocara.

Tal se aclaró la garganta y le hizo perder el hilo.

La conocía demasiado bien.

Rielle abrió el libro y echó un vistazo al texto diminuto y descolorido. Imaginó que lo lanzaba por la ventana al patio del templo, donde los ciudadanos entraban en fila para llevar a cabo las oraciones matutinas. Seguro que pedían que

los jinetes por los que habían apostado ganaran la carrera de aquel día. Todos los templos de la capital debían de estar llenos de almas así de entusiasmadas, no solo la Pira —el templo de Tal, donde los ciudadanos veneraban a santa Marzana la empuñafuegos—, sino también la Casa de la Luz y la Casa de la Noche, los Baños y el Firmamento, la Fragua y el Arraigo. Oraciones susurradas en los siete templos para los siete santos y sus elementos.

«Esas oraciones no servirán para nada —pensó Rielle con una emoción leve y sarcástica—. Comparados conmigo, los otros jinetes parecerán niños sobre ponis.»

Hojeó algunas páginas mientras se mordía la parte interna del labio hasta que se tranquilizó lo suficiente como para poder hablar.

—He oído que mucha gente de la corte de Borsvall culpa a Celdaria de la muerte de Runa. ¿A que nosotros no haríamos algo así?

La pluma de Tal rayaba el papel.

—Por supuesto que no.

—Pero ¿acaso importa que sea cierto? Si los consejeros del rey Hallvard lo convencen de que hemos matado a su hija, nos acabará declarando la guerra.

Tal dejó la pluma y resopló molesto.

—Hoy no podré trabajar, ¿verdad?

Rielle reprimió una sonrisa. «¡Si supieras lo cierto que es eso, querido Tal...!»

—Lo siento si tengo preguntas acerca del clima político de nuestro país —dijo—. ¿Eso también entra en la categoría de cosas de las que no se nos permite hablar, no vaya a ser que mi pobre cerebro vulnerable se agote debido al esfuerzo?

Una sonrisa elevó la comisura de los labios de Tal.

—Es posible que Borsvall nos declare la guerra, sí.

—No parece que esa posibilidad te preocupe demasiado.

—La veo poco probable. Hemos estado al borde de la guerra con Borsvall durante décadas y, aun así, esta nunca ha llegado. Y jamás llegará, porque puede que la gente de Borsvall sea belicista, pero el rey Hallvard no goza de buena salud ni es un necio. Aplastaríamos a su ejército. No se puede permitir una guerra, y mucho menos contra Celdaria.

—Audric dice... —Rielle dudó. Se le hizo un nudo en la garganta—. Audric dice que cree que la muerte de la princesa Runa y la rebelión de los esclavos en Kirvaya indican que ha llegado el momento. Cree que las Reinas van a regresar.

El silencio cayó sobre la habitación como una mortaja.

—La profecía siempre ha fascinado a Audric —convino Tal con una voz falsamente tranquila—. Hace años que busca signos que anuncien el regreso de las Reinas.

—Esta vez parece bastante convencido.

—Una rebelión de esclavos y la muerte de una princesa no bastan para...

—Pero oí decir al gran maestro Duval que había habido tormentas sobre el océano de Meridian —perseveró ella, buscándole el rostro—. Muy lejos, incluso en Ventera y Astavar. Tormentas extrañas, fuera de temporada.

Tal parpadeó. «¡Ajá! —pensó Rielle—. ¿A que no sabías eso?»

—De vez en cuando hay tormentas fuera de temporada —explicó Tal—. El empirio funciona de un modo misterioso.

Rielle se enrolló los dedos en la falda. La consoló el hecho de que pronto llevaría los pantalones de montar y las botas, con el cuello abierto a la brisa.

Estaría en la línea de salida.

—En el informe que he leído —continuó—, ponía que una tormenta de arena al sur de Meridian había obligado a cerrar el puerto de Morsia varios días.

—Audric tiene que dejar de enseñarte todos los informes que pasan por su escritorio.

—Audric no me ha enseñado nada. Lo he encontrado por mí misma.

Tal enarcó una ceja.

—Quieres decir que entraste a hurtadillas en su oficina cuando él no estaba y hurgaste en sus papeles.

A Rielle se le encendieron las mejillas.

—Estaba buscando un libro del que me había olvidado.

—¡No me digas! ¿Y qué diría él si supiera que has estado en su oficina sin su consentimiento?

—No le importaría. Puedo entrar y salir cuando quiera.

Tal cerró los ojos.

—Lady Rielle, no puedes visitar las habitaciones privadas del príncipe heredero día y noche como si nada. Ya no eres una niña. Y tampoco eres su prometida.

Por un instante, Rielle se quedó sin aliento.

—Lo sé muy bien.

Tal agitó la mano y se levantó de la silla, dando eficazmente por terminada cualquier conversación sobre la profecía y las Reinas.

—Hoy la ciudad está abarrotada y puede suceder cualquier cosa —dijo, y cruzó la habitación para servirse otra taza de té—. Está corriendo la voz sobre la muerte de la princesa Runa. En tales circunstancias, el empirio puede comportarse de un modo así de imprevisible. Quizá deberíamos empezar una ronda de oraciones para calmar nuestras mentes. En medio del caos del mundo, la llama ardiente nos sirve de ancla y nos sujeta, manteniéndonos en paz con Dios y con el empirio.

Rielle lo miró con furia.

—No uses tu voz de maestro, Tal. Te hace parecer viejo.

Él suspiró y tomó un sorbo de té.

—Soy viejo y, gracias a ti, también un cascarrabias.

—Tener treinta y dos años no es ser viejo, y menos aún para el gran maestro de la Pira. —Se detuvo. Debía proseguir con cuidado—. No me sorprendería que te nombraran arconte. Si yo tuviera a mi lado a alguien tan portentoso como tú, podría ver sin peligro la Carrera desde tu palco...

—No intentes halagarme, lady Rielle. —La miró con ojos chispeantes. Ese era el Tal que le gustaba a ella: el feroz empuñafuegos, no el profesor piadoso—. Ahora mismo, no es seguro para ti andar por ahí fuera. Por no mencionar lo peligroso que sería para la gente si algo te provocara y perdieras el control.

Rielle cerró la *Breve Historia* de golpe y se levantó de la butaca de la ventana.

—¡Maldito seas, Tal!

—En el templo no, por favor —la amonestó él por encima del borde de su taza.

—No soy una niña. ¿En serio crees que todavía no sé lo que hago? —Puso voz burlona—. «Rielle, recemos juntos para que te calmes». «Rielle, cantémosle a santa Katell la Gloriosa para distraerte.» «No, Rielle, no puedes ir al baile de máscaras porque quizá te distraigas y te lo pases bien, Dios nos libre.» Si hubiera sido por mi padre, me habría quedado encerrada el resto de mi vida con la nariz metida en un libro o rezando arrodillada, fustigándome cada vez que tuviera el más mínimo pensamiento airado. ¿Es ese el tipo de vida que tú también querrías para mí?

Tal la miró impasible.

—Si eso significara que estaríais a salvo tanto tú como los demás, por supuesto que sí.

—Encerrada bajo llave, como una criminal.

La invadió un familiar sentimiento de frustración, pero lo alejó con fuerza. De todos los días posibles, no sería aquel cuando perdería el control.

—No sé si sabes —dijo ella fingiendo una voz alegre— que cuando hay tormenta mi padre me baja a las dependencias de los sirvientes y me da hierbacalma. Me seda, me encierra con llave y me deja ahí.

Después de una pausa, Tal respondió:

—Lo sé.

—Antes solía resistirme, pero él me sujetaba y me abofeteaba, me tapaba la nariz hasta que me quedaba sin aire y tenía que abrir la boca. Entonces me metía el frasco entre los labios y me obligaba a beber. Yo escupía el líquido, pero él seguía forzándome para que me lo tragara y me susurraba todo lo que yo había hecho mal. Justo cuando empezaba a gritarle lo mucho que lo odiaba, me quedaba dormida. Cuando me despertaba, la tormenta ya había pasado.

Hubo una pausa más larga.

—Sí —contestó Tal—, estoy al corriente.

—Cree que las tormentas me provocan demasiado. Dice que me dan «ideas».

Tal se aclaró la garganta.

—Eso fue culpa mía.

—Lo sé.

—Pero lo de la medicina fue cosa suya.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Has intentado disuadirlo alguna vez?

Él no respondió, y su semblante paciente la puso furiosa.

—Ya no me resisto —confesó ella—. Cuando oigo el estampido de un trueno, voy abajo sin que me lo pida siquiera. ¡Qué patética me he vuelto!

—Rielle... —Tal suspiró y negó con la cabeza—. Todo lo que puedo decir ya te lo he dicho.

Ella se le acercó y dejó que la soledad que solía ocultarle —a él y a todo el mundo— le suavizara el rostro. «Vamos, mi buen maestro Belounnon. Ten piedad de tu dulce Rielle.» Al

principio, él se ablandó y apartó la mirada. Algo parecido a la pena le cruzó el semblante y apretó la mandíbula.

«Bien.»

—Si pudiera, me dejaría durmiendo de por vida —dijo ella.

—Él te quiere, Rielle. Se preocupa por ti.

De golpe, a Rielle se le calentaron las yemas de los dedos, y la temperatura fue aumentando a la par que su ira. Sintió una terca punzada de furia y dejó que esta creciera. Sabía que no debería hacerlo, que un arrebato tan solo le complicaría más la tarea de escabullirse, pero de repente era incapaz de preocuparse por eso.

«Él te quiere, Rielle.»

Un padre que amara a su hija no la convertiría en su prisionera.

Agarró una vela del escritorio de Tal y observó con sombría satisfacción cómo la mecha se convertía en una llama rebelde y chisporroteante. Mientras la miraba fijamente, imaginaba que su furia era como una riada que se derramaba constantemente sobre las orillas y alimentaba la llama que tenía en las manos.

La llama creció y adquirió el tamaño de una pluma, de una daga, de una espada. Entonces todas las velas la imitaron y crearon un bosque de filos ardientes.

Tal se levantó del escritorio y cogió el magnífico escudo pulido que se encontraba en la esquina de la habitación. Todos los elementales que habían vivido —todos los esculpeaguas y los silbavientos, todos los lanzasombras y los empuñafuegos como Tal— tenían que usar una forjadura, un objeto físico moldeado únicamente con sus propias manos, para acceder a su poder. Su don singular, el único elemento que podían controlar.

A diferencia de Rielle.

Ella no necesitaba nada, y el fuego no era el único elemento que la obedecía.

Los controlaba todos.

Tal se puso de pie detrás de Rielle. Sujetando el escudo con una mano, posó la otra suavemente sobre ella. Cuando era una niña, cuando aún creía que quería a Tal, ese tipo de contacto la ponía muy contenta.

Ahora se planteaba seriamente darle un puñetazo.

—En nombre de santa Marzana la Brillante —murmuró Tal—, ofrecemos esta plegaria a las llamas para que el emperio oiga nuestra súplica y nos dé fuerzas. Ágil fuego, no ardas con furia ni abandono. Arde firme y sincero, arde limpio y brillante.

Rielle se mordió la lengua para no ser muy dura. ¡Cuánto odiaba rezar! Todas las palabras conocidas le parecían un nuevo barroto que se añadía a la jaula que su padre y Tal habían fabricado para ella.

La habitación empezó a temblar: el tintero que había sobre el escritorio, los cristales de la ventana abierta, la taza de té a medio terminar.

—¿Rielle? —la exhortó Tal, y movió el escudo.

La chica notó que, a su espalda, el cuerpo tenso del maestro subía de temperatura mientras se preparaba para apagar con su propio poder el fuego que ella había avivado. La voz preocupada de Tal hizo que Rielle, a pesar de todos sus esfuerzos, sintiera una punzada de remordimiento. Sabía que él no lo hacía con mala intención y que lo único que quería era que ella fuese feliz.

A diferencia de su padre.

Así que Rielle inclinó la cabeza y se tragó la rabia. Después de todo, lo que estaba a punto de hacer seguramente volvería a Tal en su contra para siempre. Podía concederle esa pequeña victoria.

—No ardas con furia ni abandono —repitió la muchacha, y cerró los ojos.

Imaginó que dejaba a un lado cualquier pizca de emoción, cualquier sonido, cualquier pensamiento... hasta que su mente se convirtió en un inmenso campo oscuro, excepto por el diminuto punto de luz de la llama que tenía en las manos.

Entonces dejó que la oscuridad también penetrara en el fuego, y se quedó sola en el vacío frío y tranquilo de su mente.

La habitación se calmó.

Tal dejó caer las manos.

Mientras él ponía el escudo de nuevo en su lugar, Rielle lo escuchaba. La plegaria la había limpiado, y lo que sentía después de su ataque de ira era... No sentía nada, solo el corazón hueco y la cabeza vacía.

Al abrir los ojos, los tenía secos y cansados. Se preguntó con amargura cómo sería vivir sin tener que pensar constantemente en una retahíla de plegarias que la alertaban contra sus propios sentimientos.

Las campanas del templo repiquetearon once veces. A Rielle se le aceleró el pulso. A partir de entonces, podía oír la señal de Ludivine en cualquier momento.

Se volvió hacia la ventana. Se acabó rezar, se acabó leer. Cada músculo de su cuerpo estaba cargado de energía. Quería cabalgar.

—Preferiría estar muerta a ser la prisionera de mi padre —terminó diciendo, sin poder resistirse a soltar esa última puñalada llena de mal humor.

—¿Muerta como tu madre?

Rielle se quedó helada. Miró a Tal, pero este no apartó la vista. No esperaba una crueldad así. De su padre sí, pero jamás de Tal.

El recuerdo de unas llamas del pasado le ardió en los ojos.

—¿Acaso te ordenó mi padre que sacaras el tema a colación si me descontrolaba? —le preguntó con voz apagada y fría—. Con la Carrera y todo eso.

—Sí —contestó Tal impasible.

—Bueno, me alegra decirte que solo he matado una vez. No tienes por qué preocuparte.

Al cabo de un momento, Tal se dio la vuelta para ordenar los libros de su escritorio.

—Lo hacemos tanto por tu seguridad como por la de los demás. Si el rey descubriera que hemos ocultado la verdad sobre tu poder durante todos estos años..., ya sabes lo que podría ocurrir, sobre todo lo que le podría pasar a tu padre. Pero él se arriesga de todos modos, porque te quiere mucho más de lo que crees.

Rielle rio con aspereza.

—Esa no es razón suficiente para tratarme así. Nunca se lo perdonaré, y algún día dejaré de perdonártelo a ti también.

—Lo sé —admitió Tal, y al oír la tristeza en su voz Rielle casi sintió lástima por él.

Casi.

Pero entonces un gran estrépito provino del piso de abajo, seguido por un inconfundible grito de alarma.

Ludivine.

Tal miró a Rielle de un modo familiar. Era una mirada que solía dedicarle; como cuando, a los siete años, Rielle había anegado su piscina en los Baños, o cuando, a los quince, Tal la había encontrado por primera vez en la taberna de Odo después de escaparse. Era una mirada que decía: «¿Qué he hecho yo para merecer esto?».

Rielle lo observó con ojos inocentes.

—Quédate aquí —le ordenó él—. Lo digo en serio, Rielle. Entiendo que estés frustrada, de veras que te comprendo,

pero esto es mucho más importante que tu injusto aburrimiento.

Rielle se dirigió de nuevo a la butaca de la ventana. Esperaba parecer lo suficientemente arrepentida.

—Te quiero, Tal —dijo, y la verdad de sus palabras bastó para hacer que se odiara un poco a sí misma.

—Lo sé —contestó él.

Entonces se echó encima la toga magistral y se apresuró a salir por la puerta.

—Maestre, se trata de lady Ludivine —dijo una voz asustada desde el corredor. Era uno de los acólitos más jóvenes de Tal—. Justo cuando ha llegado a la capilla, mi señor, ha palidecido y se ha desmayado. ¡No sé qué ha sucedido!

—Llama a mi sanador —ordenó Tal— y envíale un mensaje a la reina. Está en su palco, en la línea de salida. Dile que su sobrina se ha indispuerto y que no podrá acompañarla.

Una vez que se habían ido, Rielle sonrió y se puso las botas al instante.

¿Quedarse ahí?

¡Ni en sueños!

Corrió a través de la sala de espera contigua al despacho de Tal y por los pasillos del templo, cubiertos de mármol ve-teado de rojo. Las lujosas alfombras tenían bordadas hileras de florituras que representaban llamas resplandecientes. En la entrada del templo, con el suelo de parqué pulido y lustroso como el oro, había mucho ajeteo, ya que los fieles, los acólitos y los sirvientes se dirigían rápidamente hacia la puerta ojival de la capilla.

—Parece ser que lady Ludivine se ha puesto enferma —le susurró un joven acólito a su compañero mientras Rielle pasaba por su lado.

Rielle sonrió al imaginarse a todo el mundo preocupándose por la pobre Ludivine, tendida en el suelo del templo,

tan trágicamente hermosa y débil. Seguro que ella se lo estaba pasando en grande recibiendo tantas atenciones y recordando que manejaba los hilos de toda la capital como si fueran los de una marioneta.

Aun así, después de eso, Rielle le debería un favor enorme.

Fuera el que fuese, porque habría valido mucho la pena.

En el exterior del templo, el caballo de Ludivine estaba al lado del suyo. Lo sujetaba un joven mozo de cuadra que parecía estar a punto de caer presa del pánico. Al reconocer a Rielle, se relajó, aliviado.

—Discúlpeme, lady Rielle, pero ¿se encuentra bien lady Ludivine? —le preguntó.

—Ni idea —le contestó Rielle, y saltó sobre la silla de montar.

A continuación, chascó las riendas, y su yegua salió corriendo por el camino principal que conducía al corazón de la ciudad, haciendo repiquetear los cascos sobre los adoquines. A su alrededor se alzaban una serie de edificios de apartamentos y de templos: paredes grises de piedra con grabados que plasmaban escenas de la creación de la ciudad, tejados de cobre bruñido redondeados, esbeltas columnas cubiertas de hiedras en flor y fuentes blancas coronadas con las representaciones de los siete santos rezando. Habían acudido tantos visitantes de todo el mundo a Âme de la Terre para la Carrera que el aire fresco de la primavera se había vuelto sofocante y pegajoso. La ciudad olía a sudor y a especias, a caballo y a moneda caliente.

A medida que Rielle bajaba embalada por el camino, la multitud, alarmada, se hacía a un lado. Gritaban y la maldecían hasta que se daban cuenta de quién era y se quedaban callados. Ella guio a la yegua a través de las calles tortuosas y se dirigió a las puertas principales de la ciudad con el cuerpo tenso por culpa de los nervios.

Pero aquel día no se rendiría a su poder.

Competiría en la Carrera Jubilosa, igual que podía hacerlo cualquier otro ciudadano. Le demostraría a su padre que podía controlarse, incluso si su vida corría peligro y los ojos de toda la ciudad estaban fijos en ella.

Le demostraría a él, y a Tal, que se merecía vivir una vida normal.